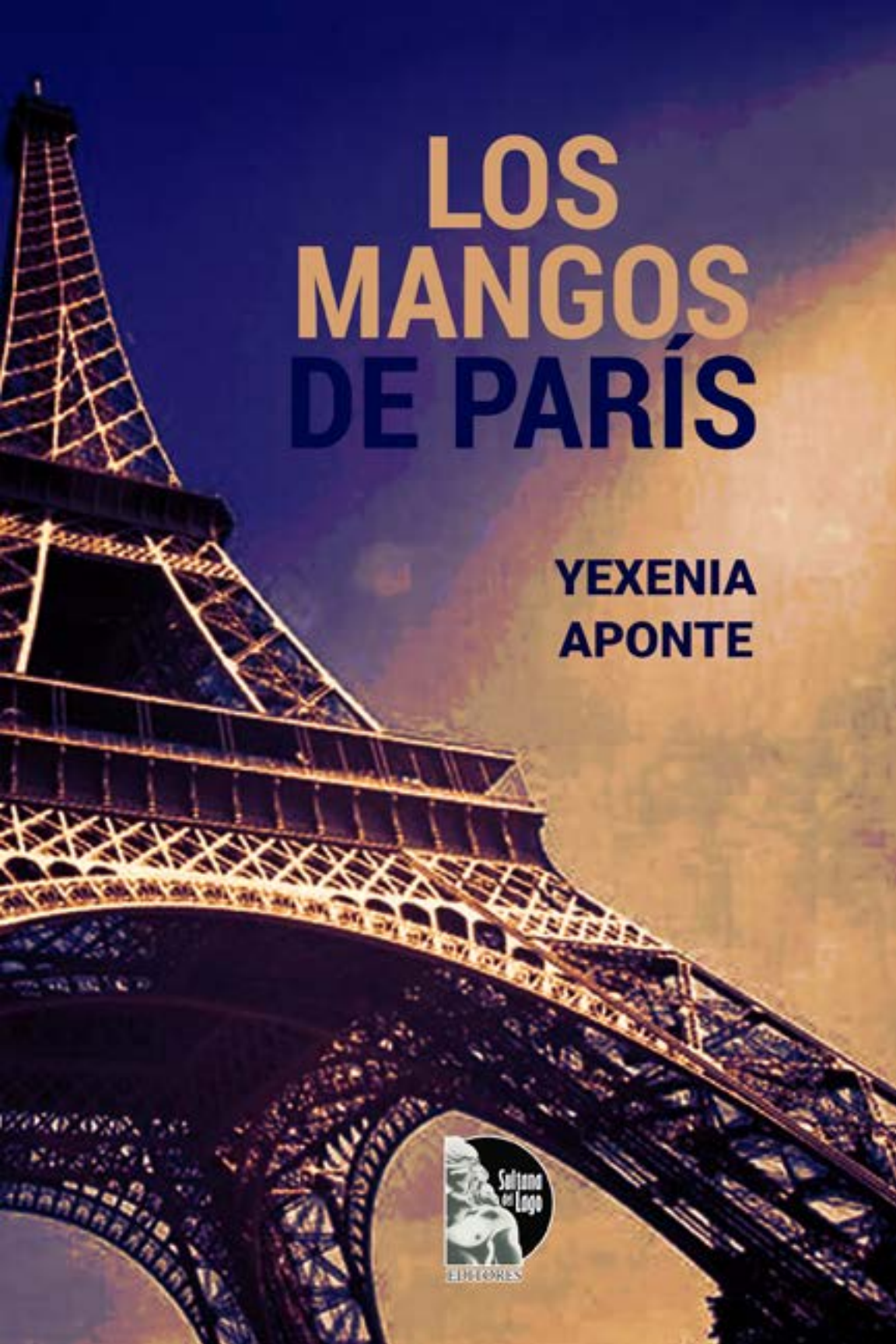




LOS MANGOS DE PARÍS

**YEXENIA
APONTE**





LOS MANGOS DE PARIS

Yexenia Aponte

Yexenia Aponte
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2021.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798356103605

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

La vida es un continuo de sucesos lineales. Vas tachando de la lista cada meta cumplida, hasta que un día caminando por los Campos Elíseos de París los árboles floreados te anuncian la primavera. La brisa cómplice, decide bañarte con pétalos de flores, penetrar tú cabello, despeinarte, soplarte muy fuerte, casi desnudarte y en tu intento por escapar te refugias bajo de un árbol, el único que no tiene flores, cuando ya te sientes seguro, resguardado, cuando crees que estás a salvo del ventarrón, volteas hacia arriba, te percatas que estás debajo de una mata de mango en París. Ese hecho cambia tu vida por completo. Te das cuenta que todo es simple. Como el niño que corre emocionado a la puerta para escuchar el sonido del carro que anuncia la llegada de su padre. La vida es ese instante y te entregas, decides vivirlo, sentirlo, disfrutarlo, ya no opones resistencia. Para que algo evolucione, antes tiene que entrar en contradicción. ¿Será posible conseguir una mata de mango en París?

LA SENTENCIA

Samanta está acostada. No tiene deseos de levantarse. Una pequeña luz se cuela por la cortina de la ventana. Voltea hacia la puerta de la habitación, está abierta, invitándola a salir. Lleva días allí, envuelta entre sábanas. Por más que se cubre, no deja de sentirlo. ¿Estará haciendo frío realmente?, se pregunta.

Siente que no encaja. Que no pertenece a la normalidad. Le parece contradictoria, antinatural. Revisa el teléfono. Llamadas perdidas, mensajes sin contestar. Lo deja en la cama. Desea desaparecer. Huir lejos de todo. Del mundo si es posible. Si tuviese la oportunidad dentro de diez años, de comunicarme conmigo ahora, ¿Qué me diría que hiciera?

Viaja a un hotel de montaña que vio en una publicación. Le gusta el campo. Estar lejos de la ciudad, de lo cotidiano. El lugar es una especie de campamento. Hay muchas cabañas de madera en medio del bosque. Alrededor hay grama, árboles, plantas florales que equilibran el ambiente verde-marrón. La brisa se cuela entre sus cabellos. Su cuerpo comienza a calentarse con el sol. El olor de las rosas, una mezcla de vainilla con un toque cítricos y jazmín. Ella en medio. Le entregan la llave de la cabaña. Podría quedarme aquí por mucho tiempo, piensa. Abre la puerta de la habitación. Se encuentra con unas escaleras en medio de dos paredes que dirigen a un sótano. Observa una especie de cortina-mosquitero al finalizar las escale-

ras. Una luz tenue. Decide bajar. Ve dos camas, una a la derecha, la otra a la izquierda. Ambas están cubiertas totalmente con unas cortinas color vino tinto que cuelgan alrededor de las camas. Siente un susto en el estómago. Su cuerpo se eriza. Vuelve el frío. El corazón se acelera. La respiración se agita. Se acerca a una de las camas, descorre la cortina y no ve nada. Va hacia la otra. Observa un cadáver.
—¿Qué es esto?

Suena el teléfono. Se sobresalta. La respiración agitada. Ve la hora. Han pasado veinte minutos. Se sienta en la cama. Lleva sus manos a la cabeza. ¿En qué estaría pensando cuando lo hizo, acaso no pudo sentarse y hablarlo conmigo? ¿Por qué así, tan violento? ¿Por qué la sorpresa? Hay un virus más letal que el Coronavirus: El miedo.

Se levanta. Abre las cortinas. Le encandila la luz del sol. Va a la cocina. Prepara café. Revisa nuevamente el teléfono. Envía un mensaje y sale a trotar. No distingue nada a su alrededor. Las personas, los lugares, los carros. Nada le interesa. Ni siquiera siente el cansancio. Recuerda el momento. El rostro de él, sonriente, prepotente. Victoria pírrica. El fracaso. La traición disfrazada de sorpresa. Más que molestia, decepción. La sangre recorre su cuerpo aceleradamente. El sudor inunda su piel. Desea gritar. Corre más rápido.

Regresa a la casa. Toma una ducha. Se maquilla. Se arregla el cabello. Se pone un vestido rojo, tacones

altos, su perfume preferido un aroma cítrico, suave.
Revisa nuevamente el teléfono. El mensaje enviado
fue leído.

Recuerda el final de aquellos meses.

Llega al lugar. Lo observa. Él no tenía la misma actitud. Ni siquiera pudo mirarla.

—¿Están de acuerdo las partes? —dijo el Juez.

—Sí —respondió ella.

Hace seis meses llegó por correo la notificación.

Hoy salió la sentencia.

EL VIAJE

Ella sale del consultorio. Cierra la puerta. Acaba de recibir la noticia. Debe someterse a una complicada intervención quirúrgica que puede comprometer su vida. Decide aceptar la única posibilidad que tiene. Viajar a París.

Sube al auto. Cierra la puerta. Se queda en silencio. La mirada fija observando a través de la ventana. El auto en movimiento. Su pecho comprimido. Suspira profundo. Intenta contener la represa interna a punto de desbordarse. Miles de pensamientos pasan por su cabeza. Los árboles que observa por la ventana al borde de la carretera pasan rápido como el transcurrir de su vida.

Llega a su casa. Se quita los zapatos. Se suelta el cabello. Camina descalza hacia el vestier. Enciende la luz. Se despoja de la ropa como acostumbra. Siente una tensión en la espalda y en el cuello. Bosteza, cierra los ojos y se estira. Al abrirlos observa su reflejo en el espejo. Se acerca mirándose fijamente. Casi sin parpadear. Siente ganas de llorar. Jamás imaginó lo que está viviendo. Intenta reconocerse en la mujer que ve. Le resulta ajena. Suspira y piensa: No sé qué, pero algo tengo que hacer.

Verónica tiene treinta y siete años. Alta, delgada, cabello castaño. De una familia clase media, padres divorciados. Su madre se fue de casa cuando tenía siete años. Creció con su padre. Es una mujer de mucho

temple, exigente en todo lo que hace. Se casó con Santiago, diez años mayor que ella. Se conocieron en el invierno del 94. Ambos realizaban estudios de Doctorado en la Universidad Complutense de Madrid. La ciudad donde viven.

Al día siguiente, llegan a la sala de espera del aeropuerto de Barajas. Dispuestos a abordar el avión. Ella sosegada, en silencio, no deja de pensar cómo ha sido su vida. Ha tenido una familia feliz. Lo ha creído hasta ahora. Los comentarios de sus amigos y familiares se lo han hecho sentir. Complaciente a las demandas de su entorno. Fiel a la inseguridad y los prejuicios, propios y ajenos. Cautiva del miedo. Ha representado un papel que le ha sido atribuido o autoimpuesto. ¿Cómo quiere que sea su vida?, ¿Qué quiere hacer?, ¿Quién y cómo es ella realmente? son algunas de las preguntas que comienzan a surgir.

Hasta este día creía que su vida era perfecta. Una casa, un esposo, estabilidad laboral y económica. Creyó ser feliz con eso. Ahora lo duda. Siente que la vida está en otro lado. Lejos de lo que creía hasta ahora. No concibe tener que resignarse.

Llegan a París donde será atendida por los especialistas. Deciden tomarse el día para disfrutar de la ciudad. Es primavera. Son las diez de la mañana. Veintitrés grados de temperatura. El día está soleado, el cielo azul totalmente despejado. Se hospedan en un hotel cómodo, céntrico y modesto. La arquitectura clásica la hace sentir en otra época. Como si hubiese podido retroceder el tiempo. Eso desea ella en éste instante.

Entra a la habitación del hotel. Se asoma por la ventana. La habitación que les tocó tiene la vista hacia Los Campos Elíseos. Maravillosa y épica avenida. Santiago coloca las maletas en una esquina de la habitación y le comenta

—El viaje ha sido agotador. Me gustaría ducharme y descansar un rato.

—Descansa podremos compartir el resto del día antes de ingresar a la clínica mañana —le contesta ella. Mientras observa la avenida por la ventana le pregunta:

—¿Te has dado cuenta de la vista que nos ha tocado? ¡Es maravillosa! Saldré un rato a caminar.

Él se recuesta en la cama mientras la observa. Ella toma una ducha y se cambia de ropa. Se coloca un vestido largo estampado con flores rojas. Se mira en el espejo. Toma su cartera. Sale de la habitación sin hacer ruido. Santiago se ha quedado dormido.

A ella le gusta caminar. A veces sus obligaciones y ocupaciones diarias se lo impiden. Lo hace cada vez que puede. Es una buena oportunidad. Desea disfrutar y aprovechar cada minuto del día. Aunque no lo manifiesta ni lo muestra, tiene miedo por los riesgos de la operación.

Al salir del hotel se maravilla al ver el túnel natural y colorido. Árboles floreados que adornan la avenida, la vista desde allí es infinita. Un espectáculo de colores en las calles y aceras, son flores que el viento en un arrebato por tanta belleza arranca de los árboles. Una obra de arte frente a sus ojos. El fascinante

olor que emanan la embarga. Está impresionada del espectáculo. No quiere perder ese primer momento. El encuentro entre ella y la ciudad que le está dando una bienvenida épica. Decide disfrutar cada detalle y no tomar fotos. Vivir el momento. El viento que se cuela entre sus cabellos. La lluvia de flores de colores cayendo a su paso. Siente que la naturaleza le habla. Una conversación metafórica. Está sorprendida y agradecida por cada pequeño detalle. Se siente afortunada. Nada de lo que ella está disfrutando en este momento tiene un costo monetario. Lo que está sintiendo, viviendo, observando, oliendo, está allí a su paso. Incluso horas y segundos antes, aunque no hubiese llegado todo seguiría existiendo. Se pregunta: ¿Todas estas personas que pasan a mi lado caminando, estarán tan conscientes como yo de éste instante y de lo maravilloso que está sucediendo? Cree que el mundo se paraliza para que pueda percibirlo, sentirlo, vivirlo. Piensa: La vida me ha regalado esta bienvenida en la ciudad donde quizás pase mis últimos días. Está descubriendo pequeñas cosas que la hacen feliz. Comienza a oscurecer. Decide sentarse en la terraza de un pequeño café. Espera ser atendida. Observa los transeúntes. Ve una señora que camina con sus dos hijos de la mano. El más pequeño se detiene a recoger unas flores del piso y se las da. La señora lo mira sonriente. Le acaricia el rostro y lo abraza, lo carga y sigue. Ella los observa. Siente como su corazón se agita. Viene a su mente el recuerdo de su madre. Siempre ha buscado en los otros el reconocimiento

y el amor materno que no tuvo. Inconteniblemente brotan lágrimas de sus ojos. Ha creído que su madre la rechazó. No era capaz de verlo. Suspira profundo. Seca sus lágrimas.

LOS MANGOS

Como cada día, él pasa por las habitaciones de los pacientes que están ingresados en el hospital. Antes de hacerlo, se recuesta un rato en el sillón que está frente a la ventana.

Vicente es el mayor de tres hermanos. Su padre fue oficial del ejército y quiso que siguiera sus pasos. Sin embargo, él decidió estudiar medicina. Es un hombre culto. Desde muy joven tenía claras sus aspiraciones, soñaba con eso cada día y trabajaba para conseguirlo. Hasta que un día un hecho inesperado hizo que su vida tomara otro rumbo. Su padre decidió irse de casa. Desde entonces, él ocupó el rol que estaba vacante. Dejó de trabajar por sus sueños para garantizar el bienestar de sus hermanos y adorada madre.

Comenzó a vivir dos mundos. Un día alguien le dijo que los tontos viven de sueños. Esa frase le molestó por aquello de que la verdad duele. Cree que es verdad, que quizás nunca logre nada. Cada vez que intenta lograr algo que desea y sueña, lo abandona. Como fue abandonado por su padre. Aquel evento marcó su vida pero él no es consciente.

Le molestó que su padre se marchara. Sufrió silenciosamente. Nunca lo ha hablado con nadie. Vive reprimiéndose y renunciando a lo que quiere, hace por los demás lo que no se atreve a hacer por sí mismo. Su lógica es evitar que las personas cercanas a él sufran como él. Cree que es posible lograrlo.

Creó un mundo íntimo en el que se refugia. Así vive sus sueños cada día, se permite unos minutos en la oficina para imaginarlos. Antes de comenzar la rutina e incorporarse a la realidad demandante, donde se deja llevar por la inercia.

Vicente trabaja en un hospital de París, al que acaba de ser trasladado, aunque no está cerca de su residencia, le gusta caminar cada día. Eso le permite ir conociendo la ciudad.

Un sábado de guardia. Acaba de revisar las historias. Hay cinco pacientes ingresados sin ninguna novedad y dos que ingresarán hoy. Coloca las carpetas metálicas encima del escritorio y se prepara para el momento más deseado de cada día. Voltea la silla hacia la ventana y se recuesta. Hoy se siente distinto. Anoche tuvo un sueño que le causó inquietud y piensa: si no hubiese sido por la mata de mango.

Vive en una casa de enormes ventanales, techos altos y suelos de madera. En su habitación, hay una terraza con muchas plantas ornamentales y una mata de mango que está cargada —sí, ¡una mata de mango en París!—. Los mangos caen en el techo de la terraza produciendo un estruendo.

Vicente lamenta que el sueño haya sido interrumpido de aquella manera y piensa: Será posible que el espacio que creía inviolable sea invadido de esta forma por unos mangos. Sonríe.

Se prepara para retomar aquel sueño, ve a través de la ventana de su oficina. Le impresiona la lluvia de

colores que adorna la ciudad. Imagina lo maravilloso que sería si aquella mujer estuviese con él, disfrutando el espectáculo. La mujer con la que había soñado la noche anterior y no logró ver.

Se despierta como es costumbre en ésta época, con el sonido de los mangos al caer. Ve el reloj, se percata que aún queda tiempo para retomar el sueño. El intento resulta fallido. Se ducha, desayuna y comienza su rutina. Camina al trabajo como cada día. No deja de pensar en el sueño. Aquella mujer. Lo que sintió. Tan real. Desea poder vivirlo. Observa las caras de las mujeres que pasan cerca de él y se pregunta: ¿si alguna de estas mujeres fuese la mujer de mi sueño? No hace otra cosa que desear poder sentirse así de bien con alguien en la vida.

Quiere llegar a su oficina para intentar retomar el sueño. Imaginar lo que vivió. Va distraído. Hoy a diferencia de otros días, necesita ese espacio. Si se retrasa no podrá permitírselo. Acelera la marcha. Llega casi corriendo al hospital.

—Buenos días Doctor— se escucha tras de él.

—Buenos días ¿hay alguna emergencia que atender?

—pregunta a la enfermera.

—No doctor, estamos esperando un paciente que ingresará en la mañana y otro en la tarde.

—Por favor, no me interrumpa hasta que llegue alguno de ellos. A menos que haya una emergencia. Estaré en mi consultorio.

Entra, cierra la puerta. Se recuesta en el asiento frente

a la ventana. Comienza a relajarse mientras observa las flores caer. Toca la puerta ¡No es posible! primero los mangos ¿Y ahora?

—Doctor, ya llegó —dice la enfermera desde afuera.

—Por favor, avísame cuando esté en la habitación para ir —responde.

Se levanta del escritorio. Se coloca la bata y toma la historia para ir a la habitación. Pasa por el puesto de enfermería, pregunta algunos datos.

—Doctor es una mujer de cuarenta años que viene de Madrid —le dicen.

Camina hacia por el pasillo con el rostro tenso y el ceño fruncido.

—Debo cumplir con mi obligación —piensa.

Entra a la habitación. Su rostro cambia. Se distiende lentamente. Su pulso se acelera. La mira. Está sentada en la cama.

—Buenos días —le dice.

Ella lo ve. Le extiende la mano.

—Mucho gusto doctor.

En ese instante se escucha un estruendo.

EL PACTO

La muerte había hecho un pacto con el destino. Los acercaría con una condición: perder el miedo.

Primero le tocó a Verónica. Aquella operación se convirtió en la única posibilidad de sobrevivir. Viajó a París. La ciudad donde conoció a Vicente, su médico. Al verlo no tuvo duda de lo que sintió. Había llegado a la cita puntualmente. Ella no opuso resistencia. El destino ya había cumplido su cometido. La muerte la dejó marchar.

Con el tiempo, Vicente se mostró inseguro y Verónica decidió alejarse. A pocos meses de la separación ella comenzó a dolerle el abdomen. Ese día deseaba llamarlo. Pensaba qué decirle. Necesitaba una señal. Extendió el brazo con cuidado. Atravesó aquella barrera de cables con su mano. Tomó el teléfono que estaba junto a la cartuchera que siempre cargaba consigo. El único regalo que recibió de él. ¿Qué haría él si estuviera en mi lugar? Se preguntó. Su corazón se aceleraba con cada repique. Cuando estaba a punto de colgar, contestó.

— ¿Cómo estás? —fueron las palabras que consiguió decirle.

— Bien. En este momento no puedo hablar —respondió.

Hubo un silencio. Ella intentaba resistir el dolor que sentía. Deseaba escucharlo una vez más.

—Estoy ingresando en el hospital. Hola, ¿Me escu-

chas?

Cada palabra que él decía, ella la sentía como una aguja más clavada en su cuerpo cubierto de escalofríos.

—Mañana me operan.

Por la mente de Verónica pasaron los momentos que vivieron juntos. Como pudo tomó la cartuchera y alcanzó a escribir: “La vida es cada instante” y el pitido continuo del monitor cardiaco rompió el silencio.

FUENTE DE FELICIDAD

Roberto estaba sentado frente a la computadora decidido a frenar el huracán que se había desencadenado. Recordaba cada sensación como si lo hubiese vivido en ese instante.

Aquel día su corazón bombeaba la sangre de una manera inusual. Cada rincón de su cuerpo respondía a la estática que le generaba el acercamiento hacia ella. Intentaba aguantar la respiración ante esa fuerza incontenible. El esfuerzo fue inútil. Su rostro tardó apenas segundos en tomar aquel color que lo delataba. Parecía el reflejo del suéter rojo que ella llevaba.

Desde ese momento, ya no pudo ser el mismo. Se convirtió en un extraño inquilino de su propia casa. Entonces, decidió escapar hacia su “fuente de felicidad”. Como llamaba a su oficina. Le hacía ilusión esperar el momento en que ella abriera la puerta. Verla llegar. Su cuerpo reaccionaba de la misma manera cada mañana.

En el fondo él no quería escribir aquellas palabras que lo alejarían para siempre.

Querida Vanesa,

Quiero que sepas que te he amado. Lo hemos intentado y no ha sido posible. Lamento si mis palabras son filos que traspasan tu alma, cuando tú has sido luz en mi camino. He tenido un largo debate entre

el deseo y la culpa. Fue difícil tomar la decisión. Lamento comunicarte que ha ganado la culpa. A partir de ahora no estaré para no distraerte del camino que debes seguir. Te recordaré por todo lo bueno que me entregaste y por todo lo malo que recordarás de mí a partir de ahora. No he podido estar a la altura. Aunque no te sirva de nada quiero que sepas que te llevaré en mi mente, te he amado, me has tenido. Atentamente...

Así fue como la carta cerró la puerta aquella mañana.

LA ESPERA

Tenía cuatro años. Estaba en la puerta esperando su llegada. La casa estaba ubicada cerca de una avenida muy transitada. Me inclinaba hacia adelante, intentando sacar la cabeza en el espacio que había entre las rejas. Solo quería escuchar aquel sonido. Me concentraba. Cerraba los ojos para que nada me distrajera. Podía distinguirlo a doscientos metros de casa. Entonces, sabía que mi padre estaba llegando. El sonido de su auto era único.

EN BLANCO Y NEGRO

Sabrina toma los zapatos deportivos, se sienta en la cama, se los pone, amarra las trenzas, un hilo se desprende, se enreda. Va al baño, busca una tijera en la gaveta del lavamanos, lo corta. Aprovecha y toma un paño húmedo, los limpia. Tiene diez años con esos zapatos. La acompañan cada mañana.

Sale a trotar. Se para en un semáforo a esperar su turno. ¿Quién habrá inventado esas luces? ¿Y si a alguien se le ocurriera algún día invertir el orden? ¿Si las luces encendieran de abajo hacia arriba, que diferencia habría?

Cruza la calle. A doscientos metros pasa por encima de una alcantarilla. Se le atasca un pie. Intenta sacarlo. Alguien se acerca para ayudarla y mientras observa el pie en la alcantarilla le dice:

— Tendrá que quitarse el zapato para poder sacar el pie.

— ¡Que! ¿Pero no perderé el zapato? —le pregunta ella con asombro.

Luego de unos minutos logra sacar el pie sin perder el zapato. Decide devolverse a su casa. Al llegar ve a Carlota concentrada en la mesa rodeada de creyones —¿Qué haces? me lo muestras —dice, mientras alza la cabeza

intentando mirar el dibujo.

—¡Claro! estoy haciendo un arcoíris de colores.

Ella acaba de cumplir ocho años. Tiene una habilidad

y sensibilidad especial para dibujar. Un día le confesó a su madre que sueña los dibujos que hace.

A Sabrina le causa especial curiosidad lo que ella le acaba de decir. Es la primera vez que realiza un dibujo en colores.

—¿Colores? —pregunta, mientras se acerca para mirar el dibujo.

—¿Y de qué color es el arcoíris?

—De muchos colores. Mira, este es el amarillo, el azul, el rojo.

Puedes mezclarlos y hacer otros colores como el morado, el verde, el anaranjado.

—¿Anaran qué? —responde, alzando el tono de voz mientras observa con curiosidad el dibujo.

Sabrina comienza a preocuparse. No le parece normal. Observa con detenimiento el dibujo y es blanco y negro. Con algunos matices, más claro o más oscuro, solo eso. Al día siguiente, mientras camina no deja de pensar en esa situación y en qué puede hacer. Le angustia saber que su hija sea distinta a los demás niños de su edad. Tengo que impedir que siga dibujando, piensa. Ella no sabe qué hacer. Al llegar a casa, le propone salir. Cree que sería bueno que Carlota se interese en otras cosas, algún juguete, lo que sea que no tenga que ver con dibujar.

—Mamá mira lo que dibujé.

—Mi amor cuando regresemos lo vemos. Quiero que hagamos algo distinto. ¿Qué te gustaría hacer?

—Podemos ir al Centro Comercial y así te compras unos zapatos nuevos para trotar. —responde.

Ella había notado que los zapatos de su mamá estaban viejos y rotos.

—Me parece una buena idea hija. En cualquier momento me dejan descalza en la calle ¡Te imaginas! ¿Y a ti, qué te gustaría comprar?

—¡Muchos colores! Quiero más colores para mis dibujos. ¿Mamá donde venden los colores?

Es una pregunta incómoda para ella. En un momento de la infancia sus padres le prohibieron dibujar. Desde entonces comenzó a detestarlo. Ahora la vida le coloca frente a ella a su hija con esa pasión. Que además, ve colores donde no los hay.

—¿Colores? ¿Estás segura? ¿No te gustaría comprarte una muñeca, una computadora, un videojuego?

Está dispuesta a hacer lo que sea, para detener lo que está sucediendo. Le aterra pensar que su hija tenga alguna extraña enfermedad.

—Mamá, estoy segura. Nada me emociona más que ir donde vendan miles de colores. ¡Te imaginas! que yo pueda tener muchos colores para mis dibujos. Sí. ¡Claro que quiero!

Al ver la emoción de su hija no puede hacer nada. Salen al Centro comercial. No deja de pensar en cómo hará para solucionar lo de los colores. ¿Colores? ¿Cuáles colores? ¿Anaran qué? ¿Y si llamo a una amiga? No. Mejor no. Van a pensar que mi hija está loca, nadie va a entenderlo. ¡Aunque tampoco es taaan grave! ¿Y si le digo que no lo comente con nadie?

En ese momento entran a la tienda de zapatos y Car-

lota mira emocionada a su mamá.

—Por favor, puede traerme unos 37. —le indica al dependiente de la tienda señalando un modelo.

Mientras esperan se sienta. Ve a su hija emocionada y sigue pensando: Yo la veo tan normal, ¿Cómo puede ser posible? Si no fuese por eso de los colores. En ese momento llega el empleado

—Señora, no tenemos la talla de los zapatos que pidió pero está éste otro modelo.

—¿Qué? ¡Ay no! yo creo que mejor no me compro ningunos zapatos hija. Quizás esto sea una señal de algo. Además, los otros todavía me sirven.

—Pruébatelos mamá. Si no te gustan no estás obligada a comprarlos.

—Claro señora, puede probárselos sin compromiso. —le dice el vendedor.

—Está bien.

Cuando Sabrina se prueba el primer zapato se encandila y lo tira. Se despierta asustada. Es un sueño recurrente desde que nació su hija, hace ocho años. Todo lo que ha soñado ha ocurrido. Esa es la razón por la que no se ha atrevido a cambiar de zapatos. Carlota ha tenido el mismo sueño que su madre.

—Carlota hija, vístete, vamos a salir.

—¿A dónde vamos? — le dice, sorprendida.

—A la Zapatería. Necesito averiguar algo.

Ya en la tienda...

—Por favor tráigame este modelo — dice, señalando con el dedo.

Al probarse los zapatos Sabrina logra ver los colores,

los recuerda. Se despierta. Siente los primeros movimientos de su bebé en la barriga. Sale a caminar como cada mañana pero esta vez no lo ve todo en blanco y negro.

CADA FIN DE MES

He escuchado muchas historias acerca de nosotras, que somos malas, calculadoras, destructoras de hogares, familias, casi un apocalipsis. Otras veces nos pintan como desafortunadas, pobres o infelices por tener esta vida. ¿Por qué se pone tanto énfasis en definirnos? encapsularnos en preceptos que distan lejos de la realidad, al menos en mi caso. Como si la libertad fuese un privilegio y no un derecho. Yo los escucho y no opino. No siento la necesidad de intentar convencer a alguien de lo que creo. Cada quien es libre de vivir la vida como considere mejor para sí.

Eso que creo ahora no lo pensé siempre así. Yo he estado soltera, en pareja, casada y divorciada. Digamos que he podido vivir en carne propia cada experiencia. Y nada me reconforta más que la libertad de poder elegir lo que quiero, cuando quiero y hasta donde quiero, esa ha sido una de las mayores ventajas hasta ahora. Nos conocimos en la agencia de publicidad. Él había sido contratado y asignado al equipo que dirijo en el departamento de mercadeo. Estábamos creando una campaña publicitaria para el lanzamiento de un gel de ducha. Pasábamos mucho tiempo juntos. Él es casado, yo he imaginado la escena de la esposa celosa al llegar a casa. Como les mencioné también estuve casada. Él a veces recibía llamadas mientras estábamos reunidos y salía de la oficina para hablar. Yo lo observaba y sus suspiros al colgar me hacían recor-

dar cuando en algún momento le colgué a mi esposo molesta. Luego le preguntaba si había algún problema, él me contestaba que no y seguíamos trabajando. Incluso un día le dije que podía irse más temprano a compartir con su familia. Era un hombre muy dedicado al trabajo, me parecía justo. Pero tampoco había mucho interés de su parte en hacerlo, por lo que no insistí más. A fin de cuentas tampoco era un asunto en el que yo debía intervenir.

Un día me comentó que había tenido problemas en su casa por estar trabajando hasta tarde. Entonces le dije que podíamos organizar una cena con su familia. Quizás eso aliviaría un poco la situación. Fuimos a cenar los tres a un restaurante asiático que me gustaba mucho. Allí conocí a su esposa. Al principio se mostró un poco seria. Luego nos relajamos y pudimos pasar una noche agradable e intercambiamos números de teléfono ella y yo. Desde ese día él ya no recibe llamadas en las horas de trabajo y está más tranquilo.

Todo fue sucediendo poco a poco. No se llega a ser amante porque uno estudie para ello o porque el esposo quiere ser el hombre más hombre de todos. Para ser amante tiene que haber disposición de ambos, al menos es así como lo he vivido. Jamás he querido ocasionar dramas innecesarios y cuido mucho que así sea. Entonces hemos acordado cuidar esos detalles. Yo he sido poco tradicional y conservadora. No celebro las fiestas que todo el mundo celebra. San Valentín, navidad o fin de año, por ejemplo, no tie-

nen la mayor importancia para mí. Entonces creamos nuestras propias formas.

Pasamos todo los días juntos, el trabajo, almuerzos, celebraciones laborales. Hemos compartido muchos momentos especiales y cada uno a la vez tiene su espacio para otras cosas. Esa ha sido nuestra forma y nos ha funcionado. Hemos tenido encuentros y desencuentros. Yo imagino mientras estuve casada que probablemente ocupé el lugar de su esposa, ahora lo veo y hasta entiendo la posición de quien fue mi esposo, en algunos momento.

Hoy vamos a cenar como lo hacemos cada fin de mes. Desde aquel encuentro se ha vuelto una tradición para los tres. Así evitamos cualquier sospecha por parte de su esposa. Quedaron en venir por mí a las ocho. Creo escuchar un carro. Son ellos.

Toma su cartera y sale. Levanta la mano y saluda hacia el carro.

—Hola ¿Cómo están?—les dice Andrea mientras se sube al asiento trasero y cierra la puerta.

—Hola Andrea disculpa que no te llamamos antes, es que se nos hizo tarde. Tuve que terminar de lavar para aprovechar el agua en casa y eso nos retrasó.

—responde Valentina, mientras se mira en el espejo terminando de maquillarse.

—Tranquila, llegan a buena hora, me ha dado tiempo de estar lista. —En ese momento recuerda cuando estuvo casada y le tocaban esos quehaceres, ahora le causa alivio no tener que preocuparse de algunas cosas.

—Sergio me comentó lo del cliente nuevo que les pidió un proyecto —dice Valentina

—¡Claro! de no haber sido por eso nos hubiésemos desocupado antes también en la oficina. —contesta Andrea.

—Le dije a Valentina que hoy nos llegó este cliente nuevo y nos reunimos hasta tarde. —dice Sergio mientras observa por el retrovisor a Andrea.

—Yo ya me había preocupado, los llame a ambos pero cayó la contestadora. —responde Valentina.

—Si, tu sabes, generalmente cuando estamos en reuniones con clientes apagamos los teléfonos. Hay que cuidar esos detalles. Ellos pagan por el servicio. —le dice Andrea a Valentina.

Hoy Andrea y Sergio se escaparon del trabajo todo el día. Sergio había hecho una reservación en un restaurante asiático, allí comieron y pidieron una botella de vino español que a ella le encanta. Disfrutaron del placer que les producía el intercambio de besos y palabras. Luego se marcharon a un hotel. Justo antes de apagar los teléfonos él llamó a Valentina. Hola mi amor he tenido mucho trabajo ¿Cómo ha estado tu día?, le dijo. Después de unos segundos de conversación con ella apagaron los teléfonos y se entregaron a su mundo de pasiones desenfrenadas.

—Bienvenidos. —escucha Andrea, que venía distraída pensando en el encuentro de esa tarde.

—Gracias. —responde al señor que le abre la puerta mientras se baja del carro.

Han llegado al mismo restaurante en que esa tarde habían estado.

— Buenas noches, reservación para tres, por favor.
—dice Sergio.

— Buenas noches, ¿Me indica el nombre de la persona que reservó? por favor. —le pregunta la recepcionista, mientras observa a Andrea y a Valentina.

— Sergio López. —contesta.

— Señor Sergio, por favor pase por aquí. Su mesa está reservada como siempre. —le dice el encargado del restaurante al verlo.

Al escuchar el comentario Andrea le dice inmediatamente a Valentina:

— Hemos venido aquí un par de veces con clientes, es un sitio íntimo y tranquilo para reuniones.

En ese instante Valentina toma de la mano a Sergio y le da un beso en la mejilla. Él continúa caminando hacia la mesa. Todos se sientan.

— Buenas noches. ¿Desea una botella de vino Coto de Imaz? —le pregunta el mesonero. Quien acostumbra servirle vino cada vez que Andrea y Sergio van. Es el vino preferido de ella.

— ¿Qué deseas tomar tú? —pregunta Sergio a Valentina.

— Para mí una copa de vino por favor. —dice Andrea.

— Que sean dos entonces. —contesta Valentina

— Traíganos una botella por favor. —dice Sergio al mesonero.

— ¡Mi amor me encanta este lugar! deberíamos venir más seguido. —le dice Valentina a Sergio.

— Sí, es un lugar especial —responde dándole un

beso en la mano. —Andrea y yo hemos venido a reuniones de trabajo con algunos clientes.

— Eso me comentó ella. —contesta Valentina.

— Sí. Le comentaba que es un sitio muy íntimo y adecuado para ese tipo de reuniones. Además atienden muy bien. —dice Andrea mientras observa como Sergio sujeta la mano de Valentina.

— Con permiso. —dice el mesonero, que llega con la botella de vino. —Señor por favor.

El mesonero le entrega la botella abierta a Sergio para que dé el visto bueno y le sirve el primer trago. Sergio toma la copa, la agita un poco. La levanta, se la acerca a la boca para degustarlo. El olor a roble y el sabor a Andrea, su bebida favorita. La que comparten en cada encuentro.

—¡Exquisito! dice Sergio.

El mesonero termina de servir las copas.

—¡Brindemos! — dice Valentina.

—¡Claro! —contesta Andrea con la copa en la mano.

— Mi amor quiero que esta noche seas tú quien tenga el honor de decir unas palabras. —le dice Sergio a Valentina.

— Hoy quiero brindar por el amor y porque la relación de amistad entre los tres se mantenga en el tiempo.

—¡Salud! —se escucha mientras alzan sus copas para brindar como cada fin de mes.

CONTROL

Los viernes en la noche se reunían en un bar cercano a la casa de Patricia y Daniel. De las otras mesas volteaban cada vez que subían el tono de voz. Ya se habían tomado algunos tragos y se sentían desinhibidos. No les importaba mucho las miradas a su alrededor.

—Mientras más queremos controlar menos controlamos. —decía Patricia.

—Una vez tuve una pareja que era muy celosa y aun así yo hice de las mías. Siempre habrá la forma. —comenta Samuel, mientras coloca la cerveza sobre la mesa.

—Por eso es que yo no reviso nunca nada. ¿Para qué? Debes estar dispuesto a tomar alguna decisión drástica cuando lo haces, de lo contrario la vida se convierte en un infierno. —afirma Susana.

—No necesariamente. Las personas pueden cometer errores y rectificar. — dice Daniel.

—Patricia ¿Tú estás de acuerdo con eso? —preguntó Susana.

—Señor por favor nos trae otra ronda —dijo Daniel alzando la mano, al mesonero que estaba en la mesa vecina.

—Mi amor no hagas ese tipo de pregunta —le susurró Samuel a Susana.

—¿Por qué no? —Contesta Susana subiendo el tono de voz —estamos en confianza, no veo ningún problema.

—Creo que cada quien se hace responsable de lo que decida hacer. —contestó Patricia. Luego tomó un trago —¿Verdad? —le dijo con la botella de cerveza en la mano a la señora que volteo a verla en ese momento.

—¿Tú qué harías Samuel si Susana te fuese infiel? —le pregunta Daniel

—No se lo perdonaría. ¿Cómo quedaría yo después? —contesta en voz alta y se levantó.

—Samuel siéntate fue solo una suposición —le dijo Susana mientras observa a las personas de la mesa de al lado— disculpen. —Les dice y lo toma de la mano. —¿Desean algo más? —pregunta el mesonero después de colocar las cervezas en la mesa.

—No, gracias —contesta Daniel

—Samuel tú mismo has dicho que has hecho de las tuyas, deberías entender una situación así. —comenta Patricia en tono de reclamo.

—Por eso mismo no lo perdonaría, porque he estado en esa posición. Deberíamos hablar de otra cosa. ¿No les parece? —Contesta Daniel.

—Buenas noches, ¿Cómo están? —se escuchó

—Hola Sebastián. ¿Qué haces por aquí? —preguntó Susana nerviosa mirando a Patricia, quien inmediatamente se sonrojó.

—Vine con una amiga, llevo rato escuchándolos y me acerqué a saludar —contesta.

—Daniel, él es Sebastián... un compañero de trabajo de nosotras. —presenta Patricia.

—Mucho gusto —responde Daniel levantándose

para darle la mano.

—No se preocupe. —dice Sebastián dejándolo con la mano extendida.

Todos se ven las caras. Patricia se pasa las manos por la cara.

Susana se le queda viendo.

— Que tengan una bonita noche. —dijo Sebastián mirando a Patricia y se retira a su mesa.

Todos se quedan callados. Cada uno toma su trago. Se escucha la música de fondo y las voces de las demás personas en el lugar. De las otras mesas voltearon a mirarlos. El mesonero se acerca.

—Señor nos trae la cuenta por favor. —Dice Patricia pensando en la tormenta de preguntas que le esperan.

LA TORMENTA

Estaba acostado en la orilla del muelle. La cabeza sobre las piernas de ella. Los ojos cerrados. Ambos en silencio. La brisa agitaba el mar, se concentraba en su sonido. La recordaba. La traía de vuelta, invisible. La imaginaba. ¿Qué estaría haciendo ahora? Pensaba.

—¿Miras el arcoíris que se forma allá lejos? —le preguntaban, sacudiéndole el cabello— ¿Lo ves? —insisten. —¿Ves el arcoíris que se forma? —Le repite acercándose al oído, mientras pasa las manos suavemente.

—Sí, hermoso —contesta, mientras se levanta.

—¡Ni siquiera lo has visto! —le dicen alzando la voz.

—¿En qué piensas?

—En nada —no había otra respuesta válida para esa pregunta.

—¿Has estado pensando en ella?

Él ya sabía lo que venía. La brisa parecía anunciar la llegada de la tormenta tras el arcoíris. Sus manos en la cabeza, la mirada hacia el cielo, el suspiro. Él, que no era creyente, pedía al cielo un milagro en aquel momento.

—Te lo juro, no pienso en nada.

—¿Por qué no me constas? —insiste ella.

—Te contesté. Me parece hermoso.

—Ni siquiera lo viste.

—Lo vi desde que llegamos. El arcoíris ha estado allí desde que llegamos. —Dijo señalándolo— ¿Que querías que dijera? ¿Cómo querías que lo dijera? Es absurdo.

—¿Te parezco absurda? —Preguntó mientras se levantaba.

—No he dicho eso.

—Seguro estabas pensando en ella. Siempre estás pensando en ella. ¿Por qué te quedas callado? ¿Por qué no me contestas?

En ese instante sintió las gotas en su cara.

—¿Por qué no me contestas?

Escucha nuevamente. Esta vez más cerca. Siente que agitan su cabello. Su cuerpo empapado. El filo atravesando un costado. El dolor no le permite moverse. Abre los ojos.

—¡Adrián contesta! —insiste mientras libera la furia contenida en medio de la tormenta. —Debemos irnos antes que comience a llover más fuerte. Escucha.

EL ENEMIGO

Braulio salió esa mañana a trabajar. Era un día normal como acostumbraban ser sus días. Al llegar a la oficina recibe una llamada.

— Hola. —Responde en voz baja, mientras camina alejándose de sus compañeros de trabajo. —Te he dicho que no me llames. En este momento no puedo hablar, te llamo después.

Al trancar voltea para percatarse si lo observan. Regresa, se sienta en el escritorio. Nuevamente suena el teléfono, mira a su alrededor y contesta. Al colgar se pone nervioso y va al baño. Se lava la cara. Entra Samuel.

— Braulio ¿Te encuentras bien?

— Sí. Sólo tuve una mala noche. Nada que un buen café no pueda resolver. —Le contesta a Samuel con una sonrisa nerviosa.

— Pero irás esta noche ¿Verdad?

— ¡Claro! como cada viernes.

Braulio llegó al casino donde están sus amigos. Mientras jugaba a la ruleta recibe una llamada.

— Aló. Dígame. Si, soy yo. —Se escuchó en medio del ruido.

— Braulio ganaste nuevamente amigo. —Le grita Samuel del otro lado de la mesa.

Braulio le hace un gesto levantando el dedo pulgar y sonríe. Cuelga la llamada y se acerca a Samuel, le dice algo al oído y se retira del casino.

En su casa cuenta el dinero. Diez mil dólares. En ese momento tocan la puerta. ¿Quién puede ser a esta hora? Se pregunta asustado. Era muy tarde ya. No se atrevía a acercarse a la puerta. Su corazón se aceleraba. Comenzaron a tocar cada vez más fuerte. Entre el miedo y el ruido logró colocar un mecate en la barra de ejercicio que tenía en el pasillo frente al baño. Braulio no resistió esa noche. Acabo con los fantasmas. No logró entender lo que le sucedía.

LA TREGUA

Me atrevería a decir que hemos nacido el mismo día. Hemos sido inseparables. Me conoces mejor que nadie. Pero debo confesarte que me agobia tu compañía. Eres sobreprotector. A veces quisiera ir sin ti a alguna parte. En ocasiones, tu presencia me parece inoportuna. Me molesta. No quiero que seas el centro de mí vida. No siempre tienes la razón. Hay otras cosas que son importantes para mí, aparte de ti. Quiero que lo entiendas. Durante mucho tiempo no me atreví a decírtelo. Me sentía comprometida por las veces que me habías “¡ayudado!”. Al menos eso creía yo. Sé que nuestro nexo es inevitable. No intento deshacerme de ti. Eso es casi imposible.

La situación se ha agudizado. Aunque he querido, no he encontrado la forma de evadirte. Por eso sé que ha llegado el momento de enfrentarme a ti. Por la incomodidad que me causas. He necesitado decírtelo. No insistas en controlar mi vida.

Hagamos una tregua. Inevitablemente formas parte de mi vida. Podemos convivir juntos, pero yo decido lo que quiero y debes respetarlo, aun cuando me equivoque. No busques esconderte. No quiero negarte. Sé que existes. A veces, llegarás escondido y no podré evitarlo. Necesito que tu compañía no sea un obstáculo. Necesito que nos entendamos mejor. Disculpa miedo.

EL ÚLTIMO SUEÑO

Se despertó como de costumbre, a las cinco de la mañana. Vivía en una casa pequeña en la colina de una la montaña. Desde allí podía ver el mar a lo lejos cuando no había neblina. Era como estar en la cima del cielo. Así se sintió aquella mañana. La neblina se colaba por las ventanas y las ranuras de la puerta. Se dirigió a la cocina para preparar café. Tomó el colador. Volcó en una olla la borra que había utilizado los últimos cinco días y agregó un poco de agua. Sintió que el frío se colaba entre sus huesos. Acercó las manos al fuego de la cocina para calentarlas. Mientras esperaba que el agua hirviera, en medio de aquella luz tenue que había en la cocina, abrió la puerta que daba al patio. Se asomó. Todo estaba oscuro, no podía ver nada, solo neblina. Escuchó el sonido de la gallina que tenía en el corral. La única fuente de proteína para su hija. Sin empleo, en pandemia, solo pensaba en los días que vendrían. Escuchó el sonido del agua hirviendo que le anunció otro comienzo. Coló el café y lo sirvió en una taza de peltre. Tomó un sorbo. Su vida. Ese sabor, sin azúcar para endulzar.

Adolfo, el único hombre de cinco hermanos. Nunca quiso estudiar. Apenas superó el sexto grado. Cuando nació su hija Margarita se mudó al campo. A partir de allí todo giró en torno a ella. Trabajó para que no le faltara nada. Sus hermanas fueron a la Universidad y vivían en la ciudad con sus familias. A veces le

enviaban algunas cosas a Margarita (ropa y comida). Ella logró culminar exitosamente el bachillerato e iba a ingresar a la Universidad. A él le hacía ilusión ver a su hija avanzar, cumplir sus sueños. Siempre le decía “yo no tengo dinero, ni riquezas, mi única herencia será haberte ayudado a cumplir tus sueño”. Mucho faltaba para ver los sueños cumplidos. Eso pensaba aquella mañana gris y fría en que la vida le supo insípida y amarga, como el café.

Mientras lo tomaba intentó contener el temblor de su cuerpo que luchaba por controlar la fiebre. Se resistía a aceptar lo que le sucedía. ¿Quién velará por Margarita? pensaba. Esto es solo un resfriado por el clima, se decía, mientras la tos aumentaba de manera incontrolable. Tenía cuatro días con fiebre.

¿Papá te encuentras bien? —preguntó Margarita, quien despertó

al escuchar el ataque de tos de su padre.

Al acercarse y tocarlo se percató que estaba temblando e hirviendo.

—Papá debemos llevarte al hospital.

—No hija, es solo un resfriado, ya verás como me pasa. —Alcanzó a decir en medio de la tos.

—No papá, voy a llevarte al médico, tú no estás bien.

—Está bien hija. Iré al médico pero tú te quedas. No quiero que te expongas. Avísale a Ramón para que me lleve.

—Pero ¿Cómo te vas a ir solo? ¡Yo tengo que estar contigo!

—exclamó Margarita asustada.

—Hija te prometo que yo regresaré. Estoy bien, ya verás.

Fue trasladado al Hospital esa mañana. Apenas lo ingresaron le colocaron tratamiento y oxígeno, sus pulmones no saturaban bien. Nadie podía visitarlo, era parte del protocolo en pandemia. Su hija esperaba la llamada de los médicos para saber cómo seguía.

Adolfo estaba acostado en una camilla. Por momentos se desesperaba y se quitaba el oxígeno. Esto no me deja respirar, le decía a los médicos. Se negaba a pensar que era uno más en las estadísticas de contagiados. Pensaba en qué comería su hija el día siguiente. Eso lo desesperaba. Se sentía indefenso, impotente.

No he podido cumplir mi palabra, ni podré ayudarte a cumplir tus sueños. Quizás si hubiese venido antes. Pensó aquel día, entre lágrimas y cansancio mientras se hundía en un pesado sueño.

ELLA

He vuelto al lugar que me vio crecer. Recuerdos vienen a mi mente. Jamás imaginé que regresaría. La habitación sigue intacta, la misma cama, el mismo blanco de las paredes, las mismas cortinas. Como si el tiempo no hubiese pasado.

Frente a mi cama está ella observándome, pendiente de cada detalle, de lo que hago, es un poco extraña. La verdad nunca me dio buena vibra. Antes estaba en otro espacio ahora mi madre le ha dado un lugar en mi habitación. Es lo único nuevo. A veces le hablo, a fin de cuentas es mi compañera más cercana, la única que ha visto como me siento realmente. Por las noches imagino me escucha llorar en medio de la oscuridad, cuando todos duermen. Lo bueno es que no me juzga ni da consejos. Siempre me ha parecido misteriosa. Es como una persona que solo observa y escucha atenta. A veces me da un poco de escalofríos y hasta he sentido miedo por su mirada. Hoy me habló por primera vez desde que estoy aquí. Cuando comenzaba la interrumpí. Le dije que no me aconsejara. Me miró fijamente. En su rostro se dibujó una sonrisa irónica.

—¿De qué te ríes? —pregunté.

Se acercó y me dijo al oído.

—Todo este tiempo me he mantenido en silencio, observándote.

—¿Y para qué quieres hablar ahora? —le pregunté

mientras volteaba la mirada.

—Tú no lo sabes.

—¿Qué no sé? —le pregunté molesta. —Yo soy la única que sé cómo me siento y solo a ti te lo he contado.

—He decidido dejarte ir —me dijo.

—¡Dejarme ir! ¿De qué hablas?

Alguien decía mi nombre insistentemente.

— Sofía, Sofía hija —decía mi madre golpeando mi cara intentando hacerme reaccionar.

Cuando volví a estar consciente la vi, estaba detrás de mi madre en la pared, frente a mi cama. No recuerdo qué sucedió exactamente. Mamá dice que estaba saliendo del baño y me desmayé. Entonces ella, la mujer del cuadro empezó a hablarme.

NO FUE TAN MALO

Luego de haber pasado por casi todos los estados civiles me he dado cuenta que no nací para estar con alguien mucho tiempo. La verdad me gusta compartir y pasar tiempo junto a una pareja, pero prefiero que cada quien tenga su espacio, así cuando sintamos que nos falta el aire podamos darnos un respiro. Eso no le sucede a todos. ¿Será que solo a mí me sucede? Me pregunto a veces. No todo el mundo es capaz de responder honestamente. Comenzando por mí. No sería capaz de responderla a todo el mundo. Hay personas que preguntan pero prefieren escuchar lo que ellos creen y yo termino complaciéndolos. A fin de cuentas tampoco creo que yo tenga la verdad absoluta.

Cuando estuve de novia con Rodrigo creo que esa fue la relación ideal. No lo supe sino hasta ahora. Rodrigo sabía cocinar. ¡Imagínense! a mí que no me agrada el arte culinario y él, era chef. Aunque, me he dado cuenta que cuando me provoca, disfruto cocinar y hasta me queda bien, ¡bueno! eso depende de los gustos. Pensándolo bien no era tan ideal como yo pensaba.

Mis amigas me preguntan cómo me siento después de haberme divorciado. Por segundos me provoca decirles “genial, mejor que nunca, de haberlo sabido me hubiese ahorrado unos cuantos años”. Pero no me atrevo a decirlo. Ellas creen firmemente en el

matrimonio por encima de todo y yo respeto su posición. Les digo que no ha sido fácil acostumbrarse, que entiendo que es un proceso lento, cada quien tiene su tiempo. Pero la verdad es que yo siento que me he quitado hasta unos cuantos años de encima. Quizás sería un poco grosero que fuese por allí diciéndolo. Soy la divorciada del grupo. A veces percibo silencios cuando llego. Mis amigas me llaman todos los días. Se turnan. Por momentos he llegado a apagar el teléfono. Les agradezco el gesto. Pero de verdad que estoy disfrutando mucho estar sola, tener tiempo exclusivo para mí. ¡Guao! nada más recuerdo y pienso lo difícil que es la convivencia en pareja, al menos para mí. No creo que tenga que ser así para todos.

Hoy me llamó mi ex esposo, estuvimos hablando. Me cuenta que le sucede lo mismo. Sus amigos y familia lo tratan como si él tuviese un gran problema. Si las personas supieran todo el drama que se ahorrarían siendo honestas. Pero bueno, hacerlo tampoco es tan fácil como decirlo. Él y yo tuvimos algunos episodios dramáticos solo que decidimos ahorrarnos el resto siendo honestos.

Hablamos bastante, nos la llevamos muy bien, mejor que antes. Disculpen, debo contestar el teléfono. Es mi amiga Anais.

—Aló.

—Hola Margaret ¿Cómo te sientes?

—Bien. Voy saliendo en este momento.

—Margaret quería decirte que puedes hablar con no-

sotras cuando quieras. No es bueno que te encierres. ¿Y ahora que le digo? Piensa Margaret mientras guarda silencio.

—Gracias, estoy bien. Precisamente por eso voy saliendo a distraerme un rato. Pero bueno, cada proceso tiene su tiempo ¿no?

— ¡Claro! cualquier cosa me llamas. Avísame cuándo puedo ir a verte. —responde Anais.

— Ok, gracias. Yo te aviso.

No estoy en casa. Salí a un restaurante que me encanta. Pedí una copa de mi vino favorito. He pasado la tarde aquí junto a mi libreta. Escribiendo. Disfrutando de mi compañía. Viviendo. Haberme divorciado no fue tan malo.

CONTRATO DE ARRENDAMIENTO

Ella jamás imaginó que todo acabaría así. Después de haber construido un mundo en el que ambos conjugaron sus sueños. Hoy decidió volver a aquel lugar. Mientras caminaba no dejaba de pensar en sus palabras. Revivir aquel momento le causaba vértigo. Sentía escalofrío. No era capaz de reaccionar a lo que sucedía a su alrededor mientras caminaba. Nada la hacía volver a la realidad. Abstraída en sus pensamientos, se cuestionaba inútilmente. No encontraba respuesta.

Mientras esperaba que cambiara la luz roja del semáforo escuchó el teléfono. La llamada la trajo de vuelta. Su corazón palpitó aceleradamente. Revoleó su cartera desesperada mientras escuchaba cada repique. Lo encontró, vio el nombre en la pantalla. Decidió no contestar. Su corazón se desaceleró. No era la llamada esperada. Lanzó el teléfono en su cartera. Cambió la luz a verde. Siguió.

Llegó al lugar. Un edificio sin ascensor. Subió las escaleras lentamente, como quien no quiere llegar. El pulso se aceleraba. Imaginaba cruzar la puerta, chocar con la realidad, su mayor temor. Enfrentarse al vacío y al silencio. Él le cerró la puerta en la cara aquel día. Ella sigue aferrada a los hechos, a lo vivido. Le cuesta creer lo que está viviendo. “Espero que lo comprendas y cerremos de una vez esta puerta”

fueron sus palabras. ¿Y lo vivido y lo sentido? ¿Qué hago con todo esto? Se pregunta. Sigue aferrada a lo que dicen que mueve montañas. Está convencida que todo lo vivido fue cierto.

Abre la puerta. Todo está intacto, excepto que él no está, ya no la espera. Ya no recibirá el abrazo, ni podrá dárlo tampoco. Siente la nada, el silencio, el vacío. El tormento la inunda, lo siente en su cuerpo, por dentro. Se resiste, no quiere aceptarlo, no quiere mostrarlo. La realidad, su guerra a muerte. Ve la foto de ambos en la mesita de la sala, junto al sofá donde se acostaban a ver películas en las noches. Encima la manta con la que él la cubría cuando se quedaba dormida. No puede aceptarlo. Va a la habitación rápidamente, abre el closet de él, está vacío. Mariposea toda la casa buscando algo más. No encuentra nada. Solo esa foto y los recuerdos. ¿Cómo puedo deshacerme de esto? Nuestro espacio, lo único que me queda de ambos. No tiene fuerzas para comenzar a embalar sus cosas. Se acuesta en la cama que compartieron mucho tiempo, desea que todo fuese un sueño. Cierra los ojos. Nada, nada, nada, lo nuestro se ha reducido a nada, piensa. Escucha el teléfono sonar a lo lejos, lo deja sonar. Nuevamente repica, no contesta. La tercera vez decide contestar. Va a la sala sin esperanzas. Abre la cartera resignada. Toma el teléfono. Es él. Suena el despertador. Despierta sobresaltada. Desactiva la alarma. No ha podido ir a recoger sus cosas. Hoy se vence el contrato de arrendamiento. Suena el teléfono...

Contenido

La sentencia	7
El viaje	11
Los mangos	17
El pacto	21
Fuente de felicidad	23
La espera	25
En blanco y negro	27
Cada fin de mes	33
Control	39
La tormenta	43
El enemigo	45
El último sueño	49
Ella	53
No fue tan malo	55
Contrato de arrendamiento	59

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 24 días del mes de noviembre de 2021, el mismo día del año 1907 en que nace el Líder wayuu, luchador social y étnico conocido como *Wushojolo* y El Pacificador, llamado Nemesio Montiel Polanco Epieyú.